

## **Confiar en la muerte** ***Francesco de Nigris***

Es un buen ejercicio, cuando se está asomando el enfado, la indignación y la impelente necesidad de devolver al prójimo el agravio, recordar el estado de ánimo que hemos podido tener o vislumbrar cuando hemos imaginado vivir nuestra muerte. Todos, perseguidores y perseguidos, acabaremos igual: tumbados, bajo tierra, entregando a los pocos que nos han conocido algún recuerdo de quienes hemos sido. Podemos pensar que es esta una muestra más de cómo la vida pierde sentido frente a la muerte. No creo que se trate de eso.

Me parece, más bien, que la muerte nos obliga a quedarnos, de nuestra vida, con aquello que tiene verdadero sentido. Es más, si al vivir no olvidamos a la muerte, si somos capaces de mirar en ella, encontramos en su interior nuestra vida ordenada según lo que tiene verdadera importancia. Al contrario de lo que parece, la muerte, aniquiladora de la vida, confiere a cada aliento suyo un atractivo irrepetible a la vez que, con su gravedad, la estiliza en su perfil más sobrio, elegante, donde no antoja seguir caminos innecesarios. Todo es grave, pero sorprendentemente seguro. La muerte sugiere el camino de la fidelidad a lo esencial de la vida.

Mirar la vida desde la muerte puede resultar un ejercicio salvador de la vida misma. Todo es sobrio, no vale el carnaval, no nos podemos esconder y hay esperanza porque hay sentido. En ese ejercicio nos convertimos. A la honestidad, sin duda, porque miramos al peso real de nuestra vida y más en general a la valentía, porque podemos, "al pesar" la vida, darle valor. Sin ser capaces de darle valor a la vida no podemos encontrarnos con ningún valor.

Hay otra impresión de la muerte que también nos azora: su injusticia. Quizá nunca como en el siglo pasado se ha querido que el mundo nos hablara de su injusticia. Sobre todo, hemos querido escuchar la desigualdad de su economía, el drama de su pobreza, de cómo varía de un pueblo a otro. Pero mientras hemos mirado a las desigualdades sociales, hemos forzosamente tenido que admitir que cada persona es una desigualdad.

¿Es justo nacer con talento para tocar el violín frente a quien no lo tiene? ¿Es justo nacer sano o nacer enfermo? ¿Es justo envejecer o morir? Pero por la vejez y la muerte, se dirá, tiene que pasar toda criatura; es verdad, mas cada una pasa por ellas en soledad, y hasta cada soledad es injusta, porque es distinta. Iván Ilich, en la novela de Tolstoi, ve que se está muriendo y está desesperado. «En el fondo de su alma sabía muy bien que se moriría; pero no solamente no llegaba a habituarse a ese pensamiento, sino que no lo comprendía, siquiera era incapaz de comprenderlo [...] Aquel ejemplo de silogismo "Cayo es un hombre, los hombres son mortales, por tanto, Cayo es mortal", ese razonamiento le parecía exacto si se trataba de Cayo, pero no de su propia persona. Era Cayo un hombre en general, y debía morir. Pero él no es Cayo, él no es un hombre en general; está aparte, completamente aparte de los demás seres: él era Vania con su mamá y su papá [...] "Cayo es, en efecto, mortal y es justo que muera.

# Seminario

## El Sentido Busca al Hombre

El ser humano como pregunta, el cristianismo como respuesta

Pero yo, Vania, Iván Ilich, con todos mis pensamientos, con todos mis sentimientos, es muy distinto. Y es imposible que yo deba morir.» Es el sentimiento de injusticia el que paraliza al personaje de Tolstoi; y en este personaje estamos viviendo cada uno de nosotros. Puede ser justa la muerte en general, pero no la muerte personal, la muerte conmigo mismo. Y la injusticia se redobla si pensamos que estar a la muerte o por lo menos contar con ella es, como acabo de decir más arriba, apretar la vida hasta que nos quede entre manos su jugo, de suerte que cada acto se hace irrepetible y muestra su título de permanencia. Es lo que muestra el mismo Ivanllich al final de la novela, cuando al estar casi muerto tiene que preguntarse aquello que hasta ahora, desde una vida segura, le había parecido imposible, una ocurrencia espantosa: «¿Es que tal vez no he vivido cómo debí vivir?».

La injusticia frente a la muerte es sobrecogedora; porque a veces no podemos siquiera entenderla como un castigo, es simplemente espantosa, tanto que incluso la maldad de nuestras acciones no parece tener una explicación frente a ella. Hace pocos días, al ser capturado, públicamente vejado y asesinado el más reciente dictador Libio, algunas de sus palabras, si es cierto que las ha pronunciado, fueron: «¿qué os he hecho?». Desbordado por la gravedad de la muerte, no podía entender la degeneración de su vida. Y murió por muerte impersonal; murió como Cayo, asesinado por sus compatriotas, lo que supone una muerte también para ellos, un alejamiento de sus vidas y de la paz en ese país. Un país nace de la grandeza de sus acciones.

De las injusticias más grandes que veo hoy en día está el intento constante de vivir olvidándose lo más posible de la muerte, apartarla lo más posible de la vida. Para morir como Cayo parece que muchos están dispuestos a vivir como Cayo, una vida impersonal. Se dirá, sin embargo, ¿cómo soportar la angustia?

¿No es mejor apartar todo lo que podamos de nuestras mentes la idea de la muerte? ¿No es mejor, del modo que sea, saber a qué atenernos frente a ella para salir de la insoportable inseguridad? ¿No es mejor creer ciegamente en Dios o aceptar que no hay ningún Dios, así como no hay ninguna muerte? Sin embargo, creo que no es la apresurada seguridad que encontramos cuando huimos, aquella que nos salva. Todo depende de nuestra capacidad de permanecer en la muerte, de mirar en ella, de soportar su inseguridad hasta que la vida empieza a perfilar su sentido.

Solo de la mayor inseguridad puede germinar la mayor confianza, porque solo de la duda más grande se revela la mayor verdad. Parece absurdo, pero solo podemos empezar por confiar en la muerte para resurgir a la vida. Y la sociedad incapaz de permanecer en la inseguridad, cuando está llamada a ella por la inconsistencia de sus verdades, está condenada a la mayor angustia. La grandeza de un pueblo es saber el estado de su alma, y hoy es preciso saber que no confiamos en la muerte cuando la vida, a través de ella, está palpitando de sentido, de nueva confianza y de esperanza de resurrección.